

JOÃO G. NOLL

# Bandoleros

João Gilberto Noll

Traducción de  
Claudia Solans



João Gilberto Noll

# Bandoleros

Traducción de Claudia Solans



Adriana Hidalgo editora

**Bajalibros.com**

Noll, João Gilberto Bandoleros. - 1ª.ed.

Buenos Aires : Adriana Hidalgo editora, 2007.(Narrativas)

Traducido por: Claudia Solans

ISBN 978-987-1923-49-6

1. Narrativa brasileña. I. Solans, Claudia, trad. II. Título

CDD B869.3

***Narrativas***

Título original: Bandoleiros

Traducción: Claudia Solans

Editor: Fabián Lebenglik

Maqueta de tapa: Eduardo Stupía

Diseño: Gabriela Di Giuseppe

© João Gilberto Noll, 2007

© Adriana Hidalgo editora S.A., 2007

[www.adrianahidalgo.com](http://www.adrianahidalgo.com)

ISBN Argentina: 978-987-1923-49-6

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito  
de la editorial.

Todos los derechos reservados.

## Vidas deshilachadas

Cada cierto tiempo nos sorprendemos con un escritor brasileño. Machado de Assis, Rubem Braga, Clarice Lispector, Dalton Trevisan y Rubem Fonseca son nombres que permiten vislumbrar la riqueza y la excentricidad de una literatura todavía desconocida para la mayor parte de los lectores hispanoamericanos. Ahora llega el turno de João Gilberto Noll, un autor que ha sabido sumergirse en los abismos de la experiencia humana para crear una de las obras más inquietante, perturbadora y radical de las últimas décadas. Sus textos, trece hasta la fecha, borran las fronteras entre prosa y poesía, entre ficción y autobiografía, entre alta cultura y géneros populares. Esta resistencia a dejarse catalogar por esquemas tradicionales es en sí una afirmación de su individualidad.

Llegó a la literatura en su adolescencia, después de abandonar la educación musical. Quizá por ello, uno de los aspectos que primero llama la atención al leer una página suya es la elasticidad de su prosa. Las frases bien podrían ser tomadas por serpientes que se estiran o se contraen de acuerdo con un ritmo secreto: la lógica interna del relato.

Noll también ha sido periodista y profesor, y en su país goza de un inmenso prestigio. Pasó muchos años en Río de Janeiro, pero hoy vive en Porto Alegre, la ciudad en la que nació. Los numerosos reconocimientos que ha obtenido, así como el creciente interés por traducir su obra, dan cuenta de la proyección internacional de un narrador que, hasta hace unos años, era considerado un autor de culto.

Dos temas o, mejor dicho, dos obsesiones atraviesan la narrativa de Noll: el viaje y la disolución de la identidad. Sus personajes, a menudo sujetos desorientados, parecen huir de la familia, de la pareja y del trabajo, como si en ese movimiento fuera posible encontrar algún resto de silencio, de equilibrio, quizás un encuentro verdadero. Sin embargo, lejos de convertirse en una experiencia enriquecedora, el vagabundeo adquiere un carácter absurdo, como esos sueños espesos y pegajosos que resultan intolerables. La vida de los protagonistas se va deshilachando como una alfom-

bra vieja, sin posibilidad de asir ni siquiera una hebra. Y la memoria, más que un baúl, es una naranja seca. El protagonista de *Lord*, un escritor que nada más llegar a Londres se ve tentado ante la posibilidad de ser otro, confirma ante el espejo que su rostro ya le parece extraño: "No había apego especial por esa figura, tal vez alguna lejana simpatía como por un pariente al que no se ve hace mucho, pero con quien hubo alguna intimidad en la infancia. Alguien con quien podemos convivir por algunos minutos sin pesar o infortunio, pero que luego podemos dejar de lado en busca de otra identidad que insiste en escapársenos".

*Bandoleros*, publicada originalmente en 1985 y rescatada ahora por Adriana Hidalgo, sitúa nuevamente a los personajes en un espacio indefinido, fuera del ámbito de la razón y la locura, como ocurre en las películas de Godard o en las novelas de Beckett. La voz narrativa es la de un escritor de escaso éxito que, un domingo cualquiera, siente "una necesidad loca de salir". El viaje físico se transforma en un recorrido mental en el que no estará ausente la violencia, el erotismo y la muerte. Entre los personajes que se cruzan con el protagonista, se destacan el saxofonista ciego que vive en una pensión abandonada, el poeta adolescente que postula que el suicidio es el gesto literario por excelencia, y Steve, un norteamericano delirante, hijo de cónsul, que a medida que bebe cachaça recuerda que todo se vino abajo después de que lo encerraran en el psiquiátrico. También recuerda el disparatado viaje a los Estados Unidos, cuando su matrimonio daba los últimos estertores, y guarda como reliquias unas pocas imágenes de las que se puede extraer algo de calor: el beso de Jill mientras la nieve caía sobre Boston, su amigo João esperándolo en el aeropuerto, una luminosa mañana en el Parque de la Redención.

En la mejor tradición de la literatura contemporánea, *Bandoleros* acentúa la incertidumbre existencial: vemos lo que ocurre, pero jamás sabemos por qué ocurre. ¿Cuál es la enfermedad de João? ¿Qué motiva al protagonista, realmente, a viajar a Boston? ¿Qué busca Steve en el Brasil? El

ritmo fragmentado y las alteraciones temporales potencian la sensación de simultaneidad, de urgencia, como si todo ocurriera al mismo tiempo, con una intensidad arrebatadora que deja –que nos deja– sin aliento.

*Álvaro Matus*

# Bandoleros



Para  
Celso Marques  
Ermelinda Galamba  
Bruce Swansey  
y Vicente

João está frente a mí. Pálido. Pregunta si no quiero hacer café. Digo que sí.

Traigo las tazas. Le pregunto si está bien de azúcar. Oímos "September song", de Willie Nelson. Fue la única cosa que traje de mis pocos días en los Estados Unidos. Un disco de Willie Nelson.

João parece agarrar algo en el aire y sonrío. Le toco el brazo, cae la noche, y le digo que ahora tiene que ir a dormir.

Cuando cubro a João con la sábana, sólo hasta la cintura porque el verano está terrible en Porto Alegre; cuando cubro a João veo que se está yendo.

Llevo a João en brazos hasta el auto y minutos después moriría, dentro del auto. En medio de un embotellamiento.

*He's gone* –le dijo la enfermera al chico, hijo del muerto, en un viejo filme americano. Le había contado esa escena a João la noche anterior. Describí el jarrón con rosas rojas al lado de la cabecera. La enfermera pelirroja. Y el chico apretando el gorro para no llorar.

João padecía una enfermedad desconocida. Perdía las fuerzas y el movimiento, el sistema nervioso se iba deteriorando. Supe la noticia el día que llegué de los Estados Unidos. João vivía en Río. Yo, en Porto Alegre. Éramos viejos amigos desde mucho antes de que João se fuera para Río.

Todavía estoy en el Galeão, recién llegado de los Estados Unidos, y me cuenta que se va a morir. Me quedo algunos días en Río con João.

João no tiene parientes. Incluso bromeábamos con que la suya era la familia más diezmada del planeta. Entonces

traje a João para Porto Alegre. Para que muriera junto a mí. Murió en unos días.

Tiempo después de que João muriera, Ada llegó de los Estados Unidos. Para que viviéramos tenebrosamente las últimas puñaladas de nuestro matrimonio. ¿Matrimonio?

—valga, ante la falta de otro término. Hace días Ada dijo que se iba a vivir para siempre a una playa de pescadores en Santa Catarina. Ayer recibí una carta de ella diciendo que está enamorada de un pescador de origen alemán. El pescador le enseña a pescar todas las mañanas.

Abro los ojos y el día clareó. Veo la carta de Ada abierta en el piso del cuarto. No sé por qué motivo dejé ayer la carta en el piso. Oigo sonar el teléfono. Pienso si es Ada, si pasó algo. En el teléfono, una voz de hombre habla en inglés. Sólo que el tipo o está borracho o está loco. No entiendo nada de lo que dice. Puro balbuceo. Pero suficiente como para saber que la voz es de habla inglesa. Y, más precisamente, americana.

Pero no entiendo nada de lo que el tipo dice. Lo único que entiendo con nitidez es: a la tarde estaré ahí.

Cuelgo el teléfono. Voy hasta la ventana para ver si en aquel teléfono público no hay un gringo loco o borracho. En la calle no hay nadie. El teléfono vuelve a sonar.

No sé si me dio miedo o qué. Sólo sé que comencé a ponerme los zapatos, una necesidad loca de salir.

Mientras bajaba las escaleras del edificio oía el teléfono sonando sin parar.

Al pisar la vereda me di cuenta de que estaba con la misma ropa desde hacía más de un mes. No me sacaba la ropa ni para dormir. Estaba hecho polvo porque mi último libro, *Sol macabro*, no había vendido nada. Algunos críticos destacaron la novela en el panorama del año. Pero yo no tenía lectores.

Y los últimos tiempos con Ada fueron duros, pensé. Y estaba harto de vivir de traducciones.

La noche anterior, escuchando "September song", de Willie Nelson, oí un ruido y tuve la sensación de que João estaba ahí en el departamento. Pero João no estaba, y fue una triste noche de dolor.

Entre la vigilia y el sueño imaginaba alrededor de mí una escama impenetrable. Aunque yo pasara mis últimos años excavando esa escama y lo lograra, ni siquiera João estaría esperándome del otro lado.

Me recosté en la pared del edificio y pensé en fulano, en mengano, en mí. Los seres especiales que habíamos pensado ser en la juventud, todos unos perfectos fracasados. El hongo atómico no barrería del planeta nada especial.

Sería muy probable incluso que yo quisiera desintegrarme en el mundo sideral. Allá tendría por lo menos el calor de los dioses para calentarme.

Mientras tanto un cierto vértigo me permitía ver con mayor claridad: el poste todavía iluminado, el Gordini abandonado desde hace mucho, la piedra suelta del asfalto.

El día se me mostraba en sus ignorados elementos, y yo me iría a caminar.

Fue cuando se oyó un grito. De repente pasó por la esquina un grupo de chicos gritando obscenidades. Como si vinieran borrachos y drogados de una trasnochada de aquéllas.

También escupían espumantes frases imperativas, cosas como ¡AL ATAQUE!

Pensé en lo que sería de mí si yo fuese el objeto del ataque. Pero la banda ni siquiera me veía. Pasaba por la esquina, viviendo de ese vocífero y nada más le llamaba la atención. Me quedara al acecho o no, con miedo del ataque, el grupo de chicos seguiría, sin haber notado mi presencia.

Ahora lo único que oía era un gallo que cantaba. Un gallo, pensé. Y comencé a caminar.

Lo primero que vi en el camino fue un árbol que a Ada le gustaba mucho. Ella solía detenerse, tocar el tronco y quedarse desgranando sus conocimientos sobre aquella espe-

cie. Nunca conseguí recordar el nombre del árbol. Tal vez porque en la calle yo vivía apurado y me irritaba tener que esperar a Ada, que desgranaba sus conocimientos botánicos.

Miré el árbol y me sentí aliviado. Finalmente Ada había encontrado a otro hombre. Y con un detalle tranquilizador: pescaba con él todas las mañanas. Me desconecté del árbol para concluir que no habría otras mujeres en mi historia. Los últimos tiempos con Ada me habían dejado una especie de absceso en el pensamiento, que me ocupaba todo el tiempo. No podía imaginarme teniendo a una mujer en los brazos si el absceso estaba ahí y me exigía tiempo completo. ¿Cómo mantener así, no digo una mujer, sino una simple erección? El malestar en el pensamiento latía con exclusividad.

Salía de mis absorbentes traducciones y me recostaba en el sofá. Ada andaba de acá para allá por el departamento y yo pensaba si ella lograba darse cuenta de mi deseo de simplemente no hacer nada. Era ese absceso el que me ocupaba todo el tiempo. Para evadirme un poco llegué a pensar si yo no estaba entrando en un ZEN. Donde reinara la paz, donde simplemente nada se hace.

Pero Ada sí se daba cuenta. Y eso la condujo a una gran desesperación. Justamente en la época en que ella comienza a recuperarse considerablemente de su período infernal en los Estados Unidos. Silbé cualquier cosa y crucé la calle. Crucé la calle pateando una lata. Confieso que me gustó no tener ya mujer alguna a mi lado. Además, hacía mucho que con Ada no sentía que estaba con una mujer. A decir verdad, mucho antes de su época en los Estados Unidos. Hacía mucho que convivía con ese absceso. Sólo que ahora se había agravado de un modo insoportable, y Ada terminó enfilando para la playa de Santa Catarina.

Pensé en tomar café. Un café ahora no vendría nada mal, y estoy en un buen día. Sin mujer.

Casi patinando en una mierda de perro pensé que en este día no quería encontrarme con nadie. Ya había visto a

demasiada gente. Triste, pensé: nadie parece creer que nunca estuvimos tan mal.

Y entré en un bar a tomar café. Me recosté en la barra y me pregunté qué día de la semana era aquél. Me daba vergüenza preguntarle al chico porque, por el poco movimiento en las calles, sospechaba seriamente que era domingo. Y es muy extraño que alguien desconozca que está en una mañana de domingo. Cualquiera otro día se puede. Pero si uno no sabe que está en un domingo, confiesa su ignorancia, parece que bebió, enloqueció —un vagabundo peligroso. Es un día en el que casi nadie trabaja fuera de su casa, y entonces resulta imposible no saberlo.

Aun así, junté coraje y le pregunté al chico. Sí, era domingo. Tomé un trago de café y, contrariamente a lo que pensaba, el chico no parecía haberse impresionado con mi pregunta. Siguió llenando la taza del caballero a mi lado y después comenzó a pasar un trapo por la barra. Mejor, pensé, mirando la taza ya vacía. Que el domingo fuera de los buenos, nadie.

Pagué, salí del bar, fui bajo un árbol torcido sobre un auto y encendí un cigarrillo. Podría hacer de todo —o nada, mi Dios, nada—: quedarme allí en la sombra de la vereda, fumando, ya que me exigían una duración sin fin. Histéricos, pensé, unido sólo a la brasa del cigarrillo.

Terminé el cigarrillo y admití que ahora haría otra cosa. Miré la hora en una vidriera de relojes y de un salto estaba frente a un bar medio fulero que solía frecuentar, ahí en la Salgado Filho. Estaba abierto y entré. Me senté con los codos sobre la mesa y le dije a la moza: un coñac Dreher. Vendrán más, ya verás. El Dreher ya estaba en mi mano. Vacíé el vaso sin hacer una pausa. Como un rudo valiente en un *saloon*. ¿No dijiste que vendrían más, mi querida?

Y más y más. Porque era mi oportunidad: de quedarme callado, tomando en un domingo por la mañana. Quería pasar por lo menos veinticuatro horas fuera del juego. No pertenecer ni a nadie ni a hecho alguno, puro bebedor de

Dreher. Me pregunté si todas las grandes borracheras no partían de una idea como ésa.

Pero que se jodan las grandes borracheras. No quería preocuparme por ninguna otra cuestión.

Y la vida siempre tiene trampas preparadas. En eso se me apareció el pequeño poeta. Me vio tomando, vino apurado y preguntó: ¿TÚ? La primera impresión que tuve fue que tenía que zafarme porque no reconocía al chico en absoluto. Que fuera de esas rápidas confusiones que ocurren por ahí.

Entonces el chico gritó: ¿TÚ? Me tomé el Dreher de un trago mientras pensaba qué actitud tomar. ¿Le diría: este soy yo, muchacho? O, de lo contrario: olvídate, éste que está aquí no es más que un espejismo.

El chico ya estaba sentado frente a mí. Y, créanme, lloraba. Cuando vi ese llanto sospeché que el chico podría ser quien era. Lo que quiero decir: el chico podría haberme reconocido realmente.

O mejor aun: que yo estaba reconociendo al chico. Al final, no interesa mucho saber quién estaba reconociendo a quién. El hecho es que las personas se buscan llenas de heridas y se eluden con una conversación. Piensan que de conversación en conversación se va aguantando hasta morir.

Era el caso del chico: quería conversar conmigo porque lloraba. Y yo quería un domingo, y no oía nada. Hasta sentía un cierto dolor en los oídos, algo así como enormes masas presionando mis tímpanos. Realmente, la diferencia entre escuchar y oír es infinita. Yo no estaba oyendo. ¿Pero cómo dejar de escuchar, yo, siempre tan sensible a los sonidos?

Ahora, ver, no veía nada. Ni siquiera mirar –digo, a la muchachita que me trae otro Dreher–. Miro el vaso con el dorado diluido del Dreher, y reconozco que él cumple la honrada misión de opacarme del resto.

Pero no todo sale como uno quiere. La incomodidad que los ruidos me producían en los oídos era grande, y necesité

prestar un minuto de atención al chico para ver si lograba terminar rapidito con aquella historia.

Le diría que todo bien, OK, pero que no continuara porque yo estaba solo allí, con mi quinto Dreher. Pero el chico hablaba tanto que era poco probable que yo tuviera alguna oportunidad.

Se acordaba de que un día había venido a buscarme. Con sus poemas en la mano. Su veneración por mis libros realmente en aquel momento me hizo sentir un santo. Y el chico me contó algo: que era un poeta suicida. Que ya no tenía fuerzas para la poesía en un país como el nuestro. Iba a cometer el único acto político posible: el poema suicidio.

Quiero luchar el año entero por un verso. Pero soy un fugitivo de mi familia y no quiero empleos, y el hambre sólo hasta cierto punto representa una vigilia. Enseguida se transforma en raquitismo espiritual, y ése no retrocede.

Los poemas que te traigo llegan hasta ese punto. Ahora mi vida promete una decadencia inevitable, en plena flor de la edad.

¿Para qué esperar hasta el fin? Te dejo mi poesía y me retiro. Había escrito esos poemas recluido en la casa de un amigo en Torres, sin un centavo. Las musas le habían dejado infecciones, gusanos y hasta una extraña idiotez en la mirada.

Eso ocurrió hace meses. Ada llegó hasta la puerta, vio al chico allí conmigo, creo que justamente en el instante en que él me entregaba sus originales, y puso una dramática expresión de incredulidad.

En aquella época ella era capaz de todo para salvar eso que se llamaba "nuestra relación". Se las arregló entonces para acercarse al pequeño poeta y, en un abrir y cerrar de ojos, se metió en la cama con él. Era su manera de patalear, de no admitir que las cosas fueran así entre nosotros dos.

Gritaba orgías desde el cuarto. Conjeturé que era una llamada para mí, yo, que me había quedado en el escritorio, junto al cuarto, royendo el hueso de la última página de mi *Sol macabro*.